

UNA FORMA DE OLVIDO

JORGE V. CRISCI (*)

Desde la creación, hace 2300 años, de la biblioteca de Alejandría con su “Museion” o Templo de las Musas, los museos han sido la memoria colectiva de la civilización, reflejando para ello las historias del universo, de la Tierra, de la vida y de las culturas.

Los museos simbolizan el lugar del hombre en el cosmos y la sucesión y continuidad de los hechos que lo llevaron a ese lugar, por ello son un factor integrador de la raza humana. Por otro lado, la estructura museológica en un todo (exhibiciones, colecciones, investigación y educación) es parte de la creación de una filosofía del conocimiento tanto en las humanidades como en las ciencias.

Muy especialmente, las colecciones de un museo contienen en sí mismas una parte importante de la memoria colectiva del hombre, y la desaparición o deterioro de una de ellas es la pérdida de parte de esa memoria. La consecuencia más grave de esta pérdida es que la comunidad que la sufre se halla incapacitada para documentar el pasado, comprender el presente y de prepararse para el futuro.

Una lección del pasado

Recordemos que la biblioteca de Alejandría fue quemada por las

turbas engegucidas de superstición anticientífica en el año 415 después de Cristo y que ese hecho aletargó el progreso de la ciencia por un milenio. Pero, no sólo la ciencia se vio privada de los tesoros de Alejandría, sabemos que de las 123 obras teatrales de Sófocles existentes en la biblioteca sólo sobrevivieron siete: una de ellas Edipo Rey. Cifras similares son válidas para las obras de Esquilo y Eurípides. Es un poco como si la única obra sobreviviente de un hombre llamado Jorge Luis Borges fuera “Cuaderno San Martín”, pero supiéramos que escribió algunas obras más, desconocidas para nosotros pero al parecer apreciadas por sus contemporáneos. De lo precedente surge que las colecciones de un museo están lejos de ser el objeto recreacional de artistas y científicos, por el contrario, tienen un papel vital en el esfuerzo para comprender cómo y por qué somos lo que somos y cómo llegamos a serlo. El público que visita un museo desconoce en su mayoría las colecciones que esa

institución alberga, pues sólo tiene acceso a la limitada parte que se exhibe. Este desconocimiento, que a veces alcanza también a los administradores de la cultura, genera el más grave problema que afecta las colecciones de un museo: la falta de conciencia acerca del valor que estas colecciones poseen.

Valor y precio

Al enorme valor de las colecciones como memoria colectiva, también se agrega un valor económico. Por ejemplo, en las ciencias naturales ningún paleontólogo ignora que un ejemplar completo de la especie de dinosaurio “*Tyrannosaurus rex*” se paga en el mercado entre 5 y 10 millones de dólares. El famoso Field Museum de Chicago acaba de comprar un ejemplar casi completo de esta especie por el cual pagó 8,4 millones de dólares. Un ejemplo mucho menos conocido por el público que los carismáticos dinosaurios, pero no por ello

menos importante, es el de las colecciones de plantas que preparadas se montan con sus etiquetas en cartulinas y se conservan en los herbarios de los museos. Cada ejemplar de herbario tiene un valor económico que oscila entre los 8 y los 52 dólares, lo que hace que un herbario de tamaño mediano (500.000 ejemplares) esté valuado como mínimo en cuatro millones de dólares. Vale destacar que instituciones con poder económico como museos de países desarrollados, están dispuestas a pagar estas cifras como lo demuestra el caso del Field Museum citado anteriormente. Pero tal vez convenga señalar que si un botánico recibiera esos cuatro millones de dólares por el herbario en cuestión y tratara con esa suma de reconstruir la colección vendida, se vería imposibilitado de hacerlo porque en algunos casos los especímenes de un herbario son únicos por desaparición del hábitat donde crecía la planta y la consecuente extinción de la especie.

La condición de singular o irreplicable de algunas de las colecciones de museo (pensemos solamente en una colección arqueológica) hace que el enorme valor económico de las mismas quede absolutamente relegado ante la desmesura de la pérdida cultural y científica que su deterioro causaría.

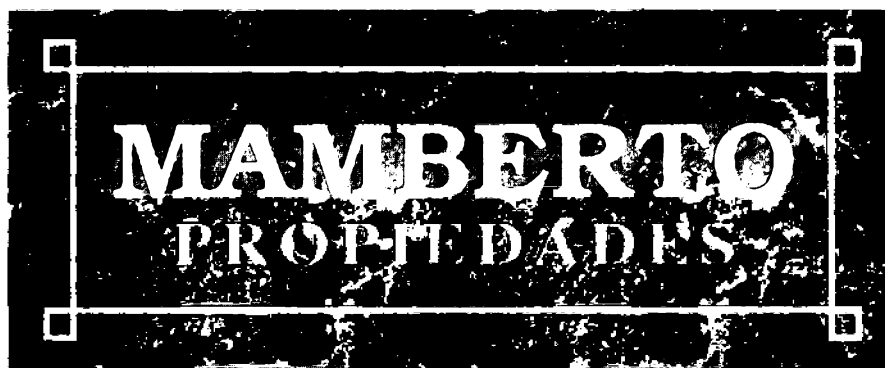
La forma de nuestro destino

Los museos tienen la responsabilidad ética y legal de asegurarse que las colecciones a su cuidado estén protegidas, seguras y preservadas. Pero es, en última instancia, la comunidad toda quien lleva sobre sus espaldas el deber de velar para que esa obligación ética y legal se cumpla.

Para concluir, la pérdida o deterioro de una colección de museo es una forma de olvido. Tal como lo ha sugerido Homero en su Odisea, olvidar es una manera de perder la identidad.

Ulises enfrenta la amenaza del olvido primero con las invitaciones de los lotófagos, después con las pociones de Circe y más tarde con el canto de las sirenas. En cada caso Ulises debe abstenerse si no quiere olvidar, pero ¿olvidar qué?, olvidar el hogar, el camino, las lecciones aprendidas y, en última instancia, el sentido del viaje. Nuestro hogar (el planeta Tierra, su flora y su fauna), nuestro camino (la historia de la especie humana), las lecciones aprendidas (la civilización, las culturas, sus logros y sus errores) y el sentido del viaje (la posición del hombre en el cosmos) están de alguna manera cifrados en las colecciones de un museo. Como Ulises, evitemos olvidar la forma de nuestro destino.

** Departamento Científico Plantas Vasculares, Museo de La Plata; investigador del CONICET.*



**ADMINISTRA
Y VENDE**

Calle 46 N° 779 - Tels. 24-1165 / 24-5978 / 24-6204

Horarios: Lunes a Viernes de 9:30 a 12:30 hs. y de 15:30 a 19:30 hs. Sábados de 10 a 13 hs.

e-mail: mamberto@netverk.com.ar